

LA CREACIÓN

Las Brumas apenas se estaban levantando para humectar la luminosa piel del Firmamento. Sidarta había traspasado con vida la inhospitalaria noche.

Se sintió solo y lo único que lo acompañaba eran sus dudas que por tantos años no había logrado disipar.

—¿Por qué los dioses crean mundos de perpetua miseria y dolor? Alguien nos fabrica un cuerpo, una mansión hecha de carne, huesos, médula y sangre, donde el orgullo, la maldad, la hipocresía y la lujuria se establecen como amos.

—Esto no puede ser obra de un Dios perfecto, porque de lo perfecto no puede salir lo imperfecto; y el maravilloso cuerpo presenta los defectos de la enfermedad, la vejez y la muerte, todas causantes de mucho dolor. De un Dios de amor no puede salir el dolor.

—Tampoco las cosas se hacen solas porque de la nada no puede salir nada. Lo que algún día tuvo principio tiene que tener fin, pero lo que existe sin principio no puede tampoco tener un fin.

La muerte tiene por causa el nacimiento y la muerte origina un nuevo nacimiento, todo tiene una causa.

—¿Qué puede ser, entonces, lo que hace mover el engranaje que mantiene a las criaturas en un sin fin de renacimientos y muertes sin esperanzas de un descanso?



El príncipe continuaba con sus pensamientos tenaces y despiadados, los que alternaba con profundas meditaciones en las cuales aquietaba su mente, concentrando su conciencia en el paso del aire por las ventanas de su nariz.

El aliento perfumado del bosquecillo lo reconfortaba. Escuchaba, a veces, trinos musicales de pájaros exóticos.

Durante todo el día no se movió de esa postura pero, una vez agotada la última gota de su fortaleza física, cayó en un sueño tan profundo como la muerte misma.

Pero él sabía que el hombre puede llegar hasta donde su mente le alcanza... y él conocía muy bien como era la suya. Después de los tres días siguientes obtuvo su iluminación.

Se dio cuenta que quienes temen estar solos es porque desconfían de sí mismos; por eso se sometió a la prueba de la soledad y encontró compañías no humanas con formidables poderes.

La primera noche le sobrevino una visión sobrecogedora. Vio la imagen de una dama misteriosa vestida con vaporosos velos. —Soy la creación —le habló—:—**Te confieso que soy sólo una sombra.**

Parezco sólida pero estoy hecha de vacío. Nada en mí es permanente y todo lo que no es eterno no es real.

Tengo un cómplice, el tiempo, con el cual engaño a los seres utilizando dos inexistentes cebos: el pasado y el futuro. La misteriosa dama continuó explicando:

—¿Qué había antes de existir lo que hoy es? ¿Qué habrá después cuando las estrellas se fundan en el vacío eterno y el tiempo deje de moverse en el infinito? ¿Qué había cuando el pasado no había comenzado y el futuro no tenía esperanza de venir?

—Ayer fue un día reluciente. ¿Qué se hizo?, lo mató la noche. ¿Dónde está su cadáver? No existe; sólo es un número de calendario que le asignó el hombre para asegurar que existió.

—El hombre fue quien inventó el tiempo para poder desenvolverse en la irrealidad en que vive.

—Así como las gotas de agua salen del mar y luego regresan a él perdiendo su forma e identidad de gota, así los días salen de lo eterno y regresan a la eternidad perdiendo su número y su fecha.

—La eternidad es el tiempo detenido en un presente continuo sin pasado ni futuro. Por eso no esperes otra vida después de ésta... la vida es la misma a través de diferentes cuerpos; porque la vida vive en la eternidad... no en el tiempo.

—Llegará el día en que el Sol no alumbre más y no habrá días relucientes, ni hombres que les asignen números de calendario, mientras en otro ámbito sideral se preparará el escenario para una nueva farsa:

—Un nuevo sol aparecerá; y habrá nuevos días relucientes y hombres que comiencen de nuevo a asignarle números.

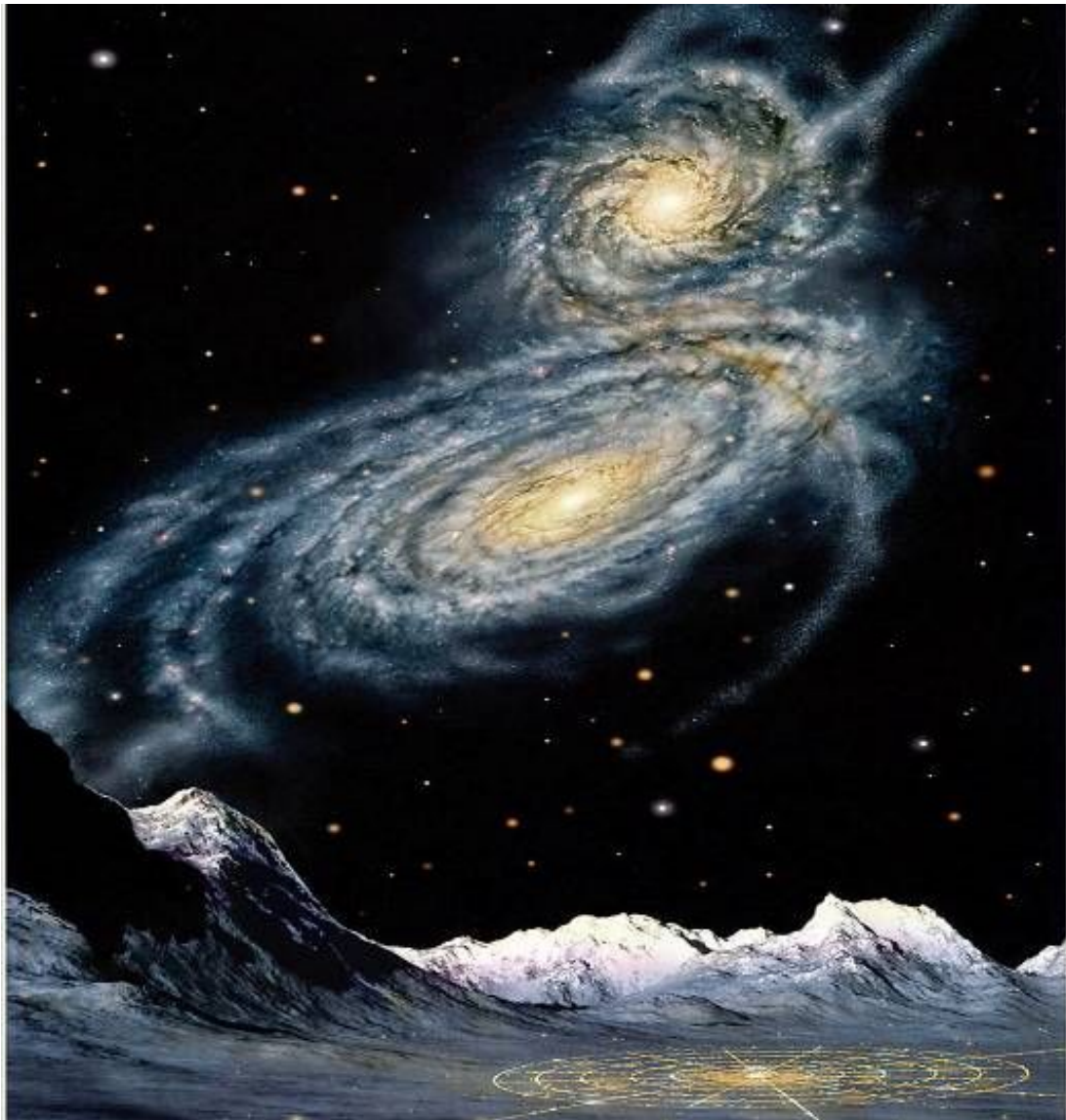
—Y correrán ríos de dolor que llenarán mares de lágrimas; te aseguro, noble príncipe, que las cuatro únicas cosas que existen como verdaderas son el placer, el dolor, el espacio y el presente.

Al escuchar esto, Sidarta pensó:

— ¡OH! Tiempo inexistente, has sido mi compañero ilusorio en este irreal mundo.

Luego le preguntó a la dama vaporosa de la creación:

— ¿Qué absorbe el Universo cuando éste se desintegra?



La vacía creación le respondió de inmediato: —Al universo lo absorberá la causa que lo produjo; y esta causa dormirá en el “espacio-mente” eterno, invisible e in manifestado, pudiendo emerger otra vez para formar un universo igual. Nada desaparece por completo, todo se transforma.

— ¡La mente es la sustancia verdadera que compone el Universo! El espacio es Mente, Todo es Mente.

El Alma es un remolino creado por la mente, se agita en la mente y cambia de dirección como una frágil veleta movida por el viento del deseo; y, únicamente es redireccionada o detenida por la fuerza de voluntad, la cual es una cualidad de La Mente.

—Mas ten presente que “Yo”, la creación, ¡soy un efecto de la mente, no una causa! Quien busca mi solidez no la encontrará porque carezco de sustancia física. Todo lo que ve el ojo es insustancial. Y cada cual ve las cosas, no como son, sino como él es en sí mismo.

—Algunos llaman a la Mente espacio vacío; pero en el Universo nada está vacío. La nada no existe. Todo está lleno sin dejar espacio para la nada. Lo que llaman espacio Sideral no es más que la gran Mente Universal, la cual origina la ilusión... o sea aquello que llaman erróneamente creación.

— ¡OH!, Gran señora venida de lo eterno —interpeló Sidarta—: ningún maestro ha podido definirme a Dios y decirme cuál es la verdad. Tú eres la única que podría hacerlo. La dama eterna le dijo:

—Tratar de definir el absoluto es negarlo y limitarlo; y, en cuanto a la verdad, ésta se encuentra más allá del sonido y de la vista, del gusto y del tacto. No tiene forma, ni principio ni fin.

—El ojo no puede ver ni el cerebro puede conocer la verdad. Mas, en el interior de cada hombre se encuentra “Aquello” que puede comprenderla.

—Nadie podrá conocer ni descifrar este enigma a no ser que él mismo llegue a un estado donde pueda impregnarse de toda la verdad.

—Existe ese estado de absoluta felicidad donde uno no ve, no oye, ni distingue a seres individuales. Es la plenitud.

—Allí todo se percibe como una gran “Unidad” y allí no existe el dolor. La felicidad “Allí” es total y no existe el riesgo de volver a renacer.

— “La verdad” —o Dios- no se encuentra ni arriba, ni abajo, ni en ningún mundo lejano. Sólo quienes la buscan pueden hallarla en el interior de cada ser; allí existe un sitio donde refulge la verdad y la felicidad.

—En consecuencia, si buscas a Dios, o la verdad, fuera de ti mismo o en los demás vivientes que te acompañan, no lo hallarás nunca.

Con estas palabras la Dama de la Creación se diluyó en el Éter, sustancia primigenia que da forma a todo este mundo ilusorio que carece de sustancia propia.

VISIÓN DE LOS SIETE PLANOS

Luego Sidarta vio en su sueño cómo todos los mundos del Universo se organizaban en siete planos.

Cada uno de ellos albergaba seres afines a su naturaleza, desde la tierra, -el tercer plano- pasó al cuarto donde seres humanos de olímpica belleza habitaban paraísos terrenales de exquisita perfección.

Allí no había enfermedades, ni enemigos ni maldad y la vida se prolongaba por muchos siglos.

La Naturaleza era benigna. Dulces frutos de frondosos árboles eran el alimento sano de esos privilegiados seres.

Flores luminosas de exóticas plantas colmaban de belleza extensas praderas donde remansos cristalinos reflejaban la luz de estrellas gigantes.

Allí la espina no existía para defender la rosa por que no existía el cortador.

¿De donde venían esos privilegiados seres que sólo respiraban paz y amor? ¿Por qué los dioses habían tenido preferencia con esas vidas tan dichosas, en tanto que en la tierra se encontraban seres desdichados, perforados hasta sus entrañas por un dolor homicida interminable?

El alma de Sidarta se había unido al alma grande del Universo y la inteligencia infinita había comenzado a revelarles sus secretos.

Observó la muerte de una persona terrestre quien había dedicado su vida a las obras de caridad y a las mortificaciones corporales con el fin de alcanzar el cielo.

La vida corporal de esta alma se desvaneció como en un sueño delicioso y vio un guía celeste que lo transportó hasta los cuerpos de la pareja en los cuales, por ley de afinidad, merecía nacer.

Hombres y mujeres lo esperaban en un unido grupo para protegerlo y devolverle todo el amor que él había entregado en la Tierra.



Un paraíso lo esperaba, no sentiría espanto al nacer y la madre no derramaría su sangre en el alumbramiento. Los dolores estaban lejos de ese glorioso nacimiento.

En un cuerpo diáfano de angelical belleza aquella alma noble, que había deseado un cielo de paz, armonía y amor, aquí lo había encontrado. Siglos de felicidad le esperaban.

Sidarta observaba complacido ese mundo ideal y alcanzó a ver, cómo algunos continuaban allí una vida de meditación, siempre en busca de la verdad.

No sentían orgullo de sus atributos físicos y su inteligencia extraordinaria la empleaban en buscar siempre lo correcto en todos sus actos. Se dio cuenta que en la Tierra los han llamado y dibujado como ángeles, pero no son más que seres humanos excelsos.

Algunos de estos seres dedicaban su vida a la virtud y renunciaban a los placeres sensoriales.

La sabiduría allí les advertía que debían buscar el bien por amor al bien mismo y no con el deseo de recompensa.

Estos súper-humanos, a sus muertes después de varios cientos de años alcanzaban los quintos planos existenciales; desde allí, ya no había regreso y continuaban avanzando hasta alcanzar el umbral de los dioses.

Los seres humanos del cuarto plano evolutivo, dada su presencia en la Tierra en especiales ocasiones, los han sido considerados Ángeles alados.

*Lo perjudicial del caso es que las personas interesadas en **obtener abundante dinero fácil y salvación sin méritos**, creen que tienen un ángel protector que los libra de todo mal, a la vez que les trae la buena suerte que necesitan para coronar sus ambiciones desmedidas.*

La cultura fanática de los ángeles alados es tan extendida como perjudicial para las personas que caen en estos abismos de ignorancia, y que finalmente producen desilusión y dolor.



Sidarta, observando muy bien, se dio cuenta que en los cuartos mundos, aunque había hombres y mujeres altamente evolucionados, de todos modos eran humanos en quienes aún quedaban vestigios de pasiones.

El alto grado de belleza que alcanzaban los hacía muy susceptibles a la vanidad y los cuerpos de olímpica belleza eran muy propicios para el amor carnal. También había allí ambición y deseo de prestigio y posesiones.

En consecuencia, el microbio del deseo que producía en ellos la enfermedad de la pasión hacía que algunos de estos seres disfrutaran de los goces que esos mundos de paz y abundancia les ofrecían.

Lo habían deseado, lo habían buscado y allí se encontraban disfrutando de un cielo, de un paraíso terrenal.

Por los sacrificios y obras buenas en otras vidas anteriores aquellas almas nobles habían merecido un cielo.

Mas, así como a pecados finitos no se les puede imponer castigos infinitos, tampoco con buenas obras finitas se pueden obtener recompensas infinitas.

La matemática del Universo es exacta y no cobra ni premia más por menos ni menos por más. La ley de la compensación es una balanza perfecta en la cual ambos platillos se mueven por fuerzas iguales.

La más infinitesimal alteración del opuesto mueve la balanza, la cual nos enseña que con sacrificios se pueden obtener placeres y con placeres se pueden obtener dolores.

LA GRAN LEY NATURAL

Sidarta comprendió como la hoja seca del árbol, una vez vencida por la gravedad, cae sin la interferencia de un dios, sino obedeciendo una ley natural y eterna, de igual forma como la sangre acude presta a la herida sin la orden de un dios, sino obedeciendo una ley biológica...

Y, así como el rayo se lanza de la nube cuando la presión eléctrica vence la resistencia del aire, sin la mano de un dios que lo desencadene...

De igual forma vio como todos los seres se enfrentaban a las leyes eternas del destino que ellos mismos forjaron con sus propios y voluntarios actos, sin la mediación de un dios que condene o perdone, prefiera o juzgue...

O de un dios vengativo o misericordioso que esté pendiente de aprobar o desaprobado todo lo que ocurre.

Comprendió también que ningún dios puede transgredir una ley natural que obra por sí misma en forma instantánea por el poder, la inteligencia y la perfección de la Divinidad en ella contenida.

Descubrió entonces que existe una progresión de almas hacia estados superiores, donde cada vez se escala más y más hasta alcanzar estados de no retorno.

Pero también comprendió que, en los planos terrestres tercero y cuarto, existe la regresión hacia los planos inferiores, hacia la bestialidad y aun hasta la profundidad de los espectros abismales o demoníacos que constituyen los planos segundo y primero. (*Libro: VIDA EN 7 MUNDOS.*)

En el luminoso sueño Sidarta observó cómo, algunos seres de mundos paradisíacos regresaban a la Tierra:

Cuando se agotan las reservas de sacrificios, alabanzas y buenas obras con punto final un paraíso de goces celestes, los seres mueren aparentemente en forma apacible, pero sus almas no se liberan sino que comienzan a ser prisioneras de un nuevo cuerpo.

Vio como la carne y la sangre empezaban a borrar el recuerdo de aquellas vidas de paz y amor, los huesos como rejas se interponían a sus recuerdos y se iban endureciendo hasta comprimir por completo esa alma que antes por cientos de años había disfrutado de un cuerpo fuerte y dichoso en un cuarto mundo celeste.

Ahora dicha alma se encuentra flotando en una bolsa acuosa y siente ruidos exteriores que le hacen conmovér su espíritu; no sabe dónde llegó ni de dónde viene; mas, el fruto de sus pasadas acciones ya le había asignado su correspondiente puesto en un mundo afín a su carácter.

La ley de afinidad le dirá quienes serán sus padres y sus parientes y la ley de acción y reacción ya le ha forjado su suerte. Ningún dios intervino en ello.

Por último vio Sidarta cómo un dolor de muerte comprime el alma. Sangre y flujos brotan de la húmeda caverna donde se había formado el cuerpo. Su recuerdo de la vida paradisíaca, su personalidad y su yo, en el cuarto mundo, se diluyeron por completo.

Su alma ahora se encontraba encerrada por carne, huesos, médula vísceras y sangre que comprimen y le borran todo recuerdo.

Se escucha un grito. Es el aviso que anuncia la llegada de una criatura desnuda, débil, impotente y completamente indefensa a un tercer plano de existencia: La Tierra, uno de tantos mundos de sufrimiento.

Una mueca de muerte comprime a la criatura. Es la misma mueca que hará al morir; y, el grito de espanto que emite al nacer, es el anuncio infalible de que viene a sufrir.

UN AGRADABLE DESPERTAR

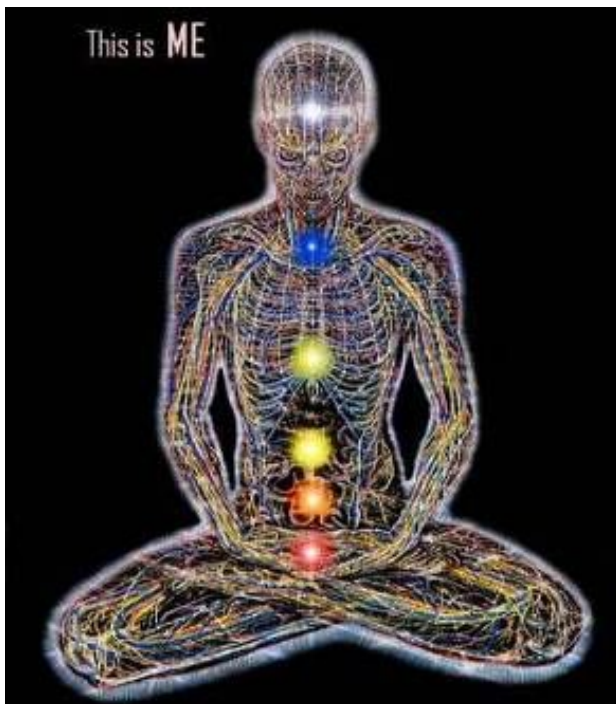
Sidarta había viajado hasta los confines de la eternidad en un extraño sueño durante la larga noche, una pesadilla en la cual había escuchado la queja lastimera de otra criatura en su propio corazón. Por tanto concluyó: El hombre tiene que recurrir al cuerpo para pagar las deudas del Espíritu.

Despertó sobresaltado. Afortunadamente el Sol había fabricado una reluciente mañana con arreboles cobrizos, y los collares diamantinos del rocío colgaban por doquier.

Se sorprendió cuando descubrió a sus pies unos lujosos guijarros que contenían agua fresca de coco, leche, miel, almendras y, junto a estos líquidos, una fina canastilla rebordeada con hilos de plata la cual contenía varias y provocativas frutas.

¿Quién las había colocado allí? El sitio era solitario y agreste.

En ningún momento pensó que hubiesen sido los dioses porque él nunca creyó en milagros ni ayudas divinas; todo lo esperaba y exigida de sí mismo. No obstante se alimentó únicamente del agua de coco almendras y de algunas frutas.



Durante la mañana se dedicó a unir su pensamiento con los sueños de la noche anterior. Los enlazó con las experiencias y enseñanzas que había recibido de sus maestros y los unió todos tratando de encontrar la explicación a los misterios de la existencia.

La lumbre del saber lo iluminaba más cada vez.

En la tarde observó en una forma súper consiente, todos los procesos internos y externos de su cuerpo.

Se concentraba sobre todo en el paso del aire hacia los pulmones, especialmente cuando éste lentamente rozaba las ventanas de la nariz.

En estas circunstancias lo sobrecogió una nueva noche. El hecho de no haber ingerido alimento en la tarde le produjo un sueño profundo.

No escuchó los susurros de la noche ya que su alma voló al mundo pantanoso de los fantasmas y demonios, y sintió el fragor de los abismos infernales.